

Roberto Losa
EL INFANTE DE LA SONRISA TRISTE



El infante de la sonrisa triste.

© 2017. Roberto Losa.

© 2017. Glyphos Publicaciones.

GLYPHOS PUBLICACIONES

Arbotante Patrimonio e Innovación S.L.

Parque Científico de la Universidad de Valladolid

CTTA. Módulo 3. 47011 Valladolid

info@glyphos.net

www.glyphos.net

Primera edición: Abril de 2017.

ISBN-13: 978-84-946124-4-2

Depósito legal: VA 230-2017

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso en papel reciclado. 

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Año 1784

Conocía a aquellos tres ahorcados que aún pendían de la soga en mitad de la Plaza, frente a San Francisco. Los conocía porque yo mismo había colaborado en su captura. Ahora se balanceaban levemente al son de la insustancial brisa de aquella tarde de marzo, con el cuello roto y la certeza de la condena eterna de sus pobres almas. Habían sido ajusticiados por robar en algunas iglesias, y a muchos les parecía que la pena había sido exagerada. En cualquier caso, el gentío, acostumbrado a aquellos espectáculos públicos, esperaba impaciente el plato fuerte de la jornada. El cuarto cómplice era de armas tomar: durante la lectura de las condenas, había logrado sacar una navaja y clavársela mortalmente al juez. Luego, en medio del revuelo espantoso, el hijo del magistrado propinó al prisionero un fenomenal garrotazo, por lo que éste anduvo unos días como trastornado a consecuencia del golpe, lo que no impidió, para su desgracia, que sufriera penosas sesiones de tortura y vejaciones que sólo los muros de la cárcel de la Chancillería podrían relatar.

Eran las tres y media de la tarde, y el reo, ladrón y homicida había sido ya paseado bajo los cadáveres de sus compinches y sometido al escarnio público. Para la mayor parte de los presentes aquello era una estupenda diversión, y el hecho de que

el condenado hubiese matado a un juez les daba una honrosa justificación piadosa para deleitarse con la muerte inminente de un hombre. Unos pocos, entre ellos yo, influidos especialmente por los pensadores franceses y por algunos españoles, creíamos con incontrolable fuerza que la compasión debía aliviar el suplicio último de los condenados mediante la aplicación de castigos mortales mucho más humanizados. Aún así, como no había por allí ningún remilgado ilustrado, me preparé para asistir al momento vital más embarazoso del reo.

El verdugo le pasó el lazo por el cuello y en un momento su cuerpo ya pendía, pataleando violentamente, en el espacio, mientras sus pies buscaban por puro instinto un lugar donde apoyarse. Un horrible zumbido debía de herirle los oídos y pronto dejó de distinguir con nitidez a los congregados, plenamente consciente del insoportable dolor en el cuello. La cara se le contrajo en horribles muecas que desagradaron y deleitaron por igual a los asistentes. Luego llegaron el enloquecido y desordenado movimiento de las piernas, la orina fluyendo hacia el suelo y el áspero olor de las heces humanas. El fin era inminente.

—Ves, hijo —dijo un hombre situado junto a mí, dirigiéndose a un chiquillo de seis o siete años—, ése ya está muerto.

El crío contemplaba la escena con una mirada confusa, entre el miedo pavoroso, la sorpresa y cierto gozo que le asqueaba y le excitaba por igual.

—Ése no volverá a hacer de las suyas. ¡Que Dios se apiade de su alma! —Y se persignó.

El niño miró a su padre y luego, bajando la cabeza, vomitó pródigamente. El hombre rió.

—No te preocupes —le consoló mientras le acariciaba el pelo—, yo me desmayé en mi primera ejecución.

Algunos de los presentes sonreían y brindaban piadosos comentarios de ánimo al chiquillo.

—Pues ahora viene lo mejor, chico —anunció un hombre flaco y desdentado—. Aunque hoy no van a arrastrar los cadáveres por las calles, la sentencia que han leído incluye algo de carnicería —Y los demás rieron con ganas.

El niño interrogó a su padre con una mirada aterrada, dudando de que pudiera soportar más extravagancias aquella tarde. El padre por un momento dudó entre marcharse a casa o completar la labor pedagógica que se había propuesto. Al final, habló:

—Estas muertes —dijo dirigiendo la mirada hacia los cuatro ahorcados—, sirven para castigar un delito, pero también para avisarnos a todos de lo que puede ocurrir si nos salimos de la buena senda de las leyes cristianas y de las de nuestro señor el rey.

—¿Pero qué más les pueden hacer? ¡Si ya están muertos! —preguntó el niño con la esperanza de que aquella brutalidad hubiese acabado con la muerte.

—Van a cortarles las cabezas y las colocarán en estacas junto a las puertas de la ciudad o al pie de los caminos más transitados.

El niño palideció.

—Y al último que han matado, al ser un homicida, además le descuartizarán.

—Eso se llama *poner en cuartos* —añadió el hombre flaco y desdentado con suficiencia, orgulloso de colaborar en la instrucción del chiquillo—. A veces, envían las cabezas a los lugares donde cometieron sus delitos, pero creo que hoy no va a ser así.

—Mañana iremos a la Puerta del Campo o a la de Tudela a ver si ya han clavado los despojos, ¿quieres?

El niño asintió con poca convicción mientras contemplaba cómo el verdugo se colgaba de las piernas del último reo ejecutado para asegurarse de que estaba muerto del todo.

Yo asistía a la escena con una incómoda presión en el pecho. Me sucedía siempre que participaba de una ejecución, especial-

mente si había tenido algo que ver en la captura de los condenados. El gentío comenzó a dispersarse y se formaron corros de tertulianos que analizaban la limpieza de la labor del verdugo, las fases del proceso de la muerte del reo y otras circunstancias similares. Me arrimé al que formaron con otros el desdentado y el padre del niño.

—Con esta, ya he asistido a ciento veintitrés ejecuciones en toda mi vida —proclamó un hombre mayor al que conocía por su oficio de botero—. Y recuerdo todas y cada una de las que presencié aquí, en Valladolid, en esta plaza o en el Campillo de San Nicolás, y en Madrid, donde solía acudir a la plaza de la Cebada, al son de las campanas de San Millán y de Nuestra Señora de Gracia. Recuerdo todos los detalles, créanme: si llovía, si hacía frío, si el verdugo era diestro en su labor, lo que tardaron en morir los reos...

El resto asintió gravemente reconociendo la incontestable experiencia de aquel hombre en cuestiones de ejecuciones.

—Eso sí, yo prefiero el garrote —siguió el botero—. Es menos traumático.

—Cuando de morir se trata —repuso el desdentado con una sonrisa burlona—, me temo que cualquier circunstancia es traumática.

—Lo que varía es el sufrimiento final, nada más. Dicen los que saben de esto que la horca tiene sus días contados, que incluso al rey le hace poca gracia; igual que está en contra del tormento aplicado a prisioneros.

El niño que había vomitado hacía un rato sonreía y escuchaba atentamente a los mayores, aparentando que había pasado con suficiencia su iniciación en eso de ver matar.

Cuando las campanas del concejo dieron las cuatro, decidí que ya había escuchado todo lo que tenía que escuchar y di media vuelta, sin despedirme.

—¿Y vuestra merced qué opina? No habéis abierto la boca en toda la tarde —escuché decir al padre del niño cuando ya abandonaba el grupo.

Me detuve y dudé entre continuar mi camino o responder, pero al final, me giré lentamente y miré a los ojos a cada uno de los presentes.

—Naturalmente que tengo opinión sobre todo este asunto del que ustedes tratan, pero antes quisiera dar un consejo al chico, si se me permite.

El padre del chiquillo asintió con una sonrisa cortés, agradeciendo mi deferencia.

—Hijo, por mucho que escuches y veas, no tienes por qué acostumbrarte a ver morir a un hombre, por más que haya cometido los más horribles de los delitos. No debes acostumbrarte y no tiene por qué gustarte.

El niño asintió confuso, luego bajó la cabeza y me pareció que sentía un profundo alivio; el alivio de escuchar a alguien, por fin, decir en voz alta que aquel espectáculo era cruel.

—Y ustedes... —El grupo me miró en silencio—. Ustedes, que disfrutan asistiendo a ejecuciones... Sé que es un espectáculo habitual y multitudinario, pero ello no les dispensa de que a mis ojos, sean, señores míos, un puñado de hipócritas perversos, de salvajes y de impíos ignorantes, y sobre todo ello, muy por encima de todo, sean, señores, unos auténticos y formidables hijos de la gran puta.

Mi nombre es Juan de Todos los Santos Aguña.

Primera parte

1

HABÍA anochecido y una niebla sucia comenzaba a posarse pesadamente sobre la ciudad de Valladolid. Eran ya pocos los que recorrían las calles, así que me acurruqué en el cuello de la capa corta, me calé con fuerza el sombrero de tres picos y me dispuse a esperar un rato más allí, en los confines de la plaza de la Fuente Dorada, apoyando el hombro en una de las columnas berroqueñas, el bastón bajo el brazo y la vista fija en la bocacalle de la Sierpe, una callejuela maloliente que se abría tras un arco sobre el que se sostenían en un inquieto equilibrio las habitaciones de algunas viviendas. Más allá, la calle trazaba zigzagueantes curvas y contracurvas, como si de un auténtico ofidio se tratase. La campana de la única y cercana torre de la catedral, cuya silueta era ya invisible por la escasa luz y la recia niebla, dio las horas. Decidí esperar un poco más.

—Esta noche no es para andar por esas calles, señor —dijo a mis espaldas una voz familiar.

—Sabes que la justicia no conoce de frío ni de nieblas.

Pedro Regalado, mi único criado, sonrió.

—Mucho mira esa calle de la Sierpe, amo.

—Porque en un rato nos tendremos que adentrar en ella —añadí con sencillez.

Pedro Regalado chasqueó la lengua.

—Mal asunto, entonces.

—Lo de siempre.

Mi criado se subió el cuello de la capa y sonrió.

—Fíjese que no tengo hoy yo cuerpo para correrías.

Y yo sonreí también.

—Alguien me dijo esta mañana que tenías una importante indisposición a consecuencia de andar anoche por ahí cantando las marzas.

Pedro Regalado soltó una carcajada. Tendría unos diecisiete años, era menudo pero fuerte, buen jugador de naipes, precoz entusiasta del vino y de las mujeres..., y, efectivamente, apenas había dormido la noche anterior. Se la había pasado con sus compadres de calle en calle, rondando a mozas casaderas, cantando las viejas coplas que daban la bienvenida a la primavera, y bebiendo vino barato y aguardiente en exceso.

—Lo cierto es que estaría bien que hoy llegásemos temprano a casa, así le daríamos una alegría a la buena de Manuela.

Hubo un silencio largo. Un mulero y su reata se llegaron a intuir entre la bruma y la oscuridad creciente, delatados por el mecánico sonido del trotar de las bestias.

—Tengo luz si lo desea —dijo mostrándome un farol apagado.

—No es necesario.

Apenas se veía, pero yo prefería pasar desapercibido al abrigo de los soportales. Decían que en Madrid muchas calles ya estaban iluminadas por la noche y que con ello se había reducido el número de delitos de una forma considerable. Cómo me asqueaba mi trabajo en noches como aquella en que tenía que vérmelas con la escoria de la ciudad.

Pedro Regalado contemplaba la niebla húmeda de aquella ruda noche de marzo. Era mozo de pocos silencios y de muchas palabras, por lo general inoportunas y soeces, lo que yo solía permitir a solas, pero que atajaba en presencia de cualquiera. Vestía capa larga y chambergo, prendas que años atrás intentara prohibir el gobierno de Esquilache, y auténtico símbolo de la tenacidad española en mantener vivas sus tradiciones. Por lo demás, apreciaba a aquel muchacho que apenas llevaba un año a mi servicio. Le conocí la primavera anterior tras sorprenderle en la Plaza robándole la bolsa a un portugués malencarado. Era superviviente del hospicio de San José, por lo que no se podía esperar de él más que malas compañías y conductas indebidas. Aún así, tras dejarle pasar una noche en la cárcel del concejo, decidí ir a buscarlo y ponerlo a mi servicio. Evidentemente, era consciente de los riesgos. Aún recordaba los gritos de Manuela, mi ama, cuando le llevé a casa; la mujer palidecía al pensar en que iba a compartir techo con un facineroso. Pedro Regalado, por supuesto, se fugó a la primera ocasión que se le presentó, pero, contra toda predicción, regresó a los dos días, solicitando acogida y argumentando que su huida tenía que ver con una cuenta pendiente que debía saldar antes de enmendarse y hacerse decente. Yo nunca le pregunté por aquella deuda y él jamás volvió a dar un sólo problema.

Era una noche ciertamente fría y húmeda, así que decidí que no merecía la pena demorar más la faena que hasta allí me había llevado.

—Pedro Regalado —dije acomodándome la capa y calándome aún más el sombrero de tres picos, según la moda afrancesada impuesta por el rey apenas veinte años atrás y que me gustaba lucir con inequívoco gusto—, si nos sale bien lo de esta noche, tienes ganados unos cuartos.

Y comencé a caminar con pasos firmes hacia la calle de la Sierpe.

La Posada de la Sierpe era un auténtico antro, y el monstruo alado que decoraba su fachada ya hacía prever con cierto desasosiego quiénes eran los habituales de aquella taberna. Al entrar, un aire viciado me golpeó hasta notar cómo me corrompía los mismos pulmones. El olor rancio de las velas sucias, de los faroles de aceite y de la manduca ordinaria sólo podía ser soportable si se era un asiduo de aquel lugar o si el vino en cantidad lograba que se olvidaran las quejas de los sentidos humanos. Los hombres gritaban, reían y bebían con despreocupación. Un grupo de estudiantes borrachos, como siempre, cantaban soeces coplillas al ritmo de una guitarra. Muchos de los presentes habían sido huéspedes ocasionales de algunas de las cárceles de la ciudad: la del Concejo, la de la Chancillería, la de la Universidad y aun las de la Inquisición, y yo nunca olvidaba una cara. Me senté en una pequeña mesa frente a la puerta de la taberna y apoyé la espalda en la sucia pared encalada. Eso era algo que había aprendido en mis años de pesquisas: control del acceso y espalda a cubierto. Por lo que pudiera pasar.

Pedí un cuartillo de vino. Algunos hombres miraron con desprecio mi tricornio impoluto sobre la mesa; se veía que aún añoraban los viejos sombreros de ala ancha que, en realidad, no eran más españoles que el sombrero de tres picos, ya que aquella castiza moda había llegado hacía poco más de cien años de la mano de las gentes extranjeras de doña Marina de Austria, segunda esposa de don Felipe IV. En cualquier caso, y a pesar de las miradas asesinas, nadie se atrevió a molestarme. Los parroquianos sabían que si un hombre vestido de manera tan exquisita tenía el aplomo de adentrarse en un agujero como aquel sólo podía deberse a que guardaba un triunfo en la manga o a que era otra cosa diferente de lo que aparentaba. Por mi parte, era consciente de que el peligro tal vez fuera menor del que parecía, pues los presentes eran en su mayoría artesanos, jornaleros y pobres de

solemnidad, gente de ley escondida bajo una apariencia extraña si los miraban los ojos de un forastero.

Identifiqué rápidamente a mi hombre en una mesa discreta y mugrosa de un rincón. La tabernera le servía vino con indiferencia mientras aquél hablaba con su acompañante. Discutían en voz queda sobre algo que manipulaban con circunspección dentro una bolsita de cuero. Era evidente que se trataba de él, mis confidentes habían sido muy claros: joven —imposible determinar la edad—, tez morena, pelo negro, pronunciada calvicie, carente de los dos incisivos superiores. Decidí pasar a la acción.

—Buenas noches, señores —dije sentándome a la mesa con el cuartillo de vino en una mano, el bastón en la otra, y sin esperar permiso alguno—. Eres Juan el Dientes, ¿no? —pregunté dirigiéndome al más joven.

El tal Juan, sorprendido, levantó la cabeza para valorar cuántos me acompañaban. No vio a nadie que no fuera un habitual de la taberna.

—¿Quién demonios eres tú?

—Cállate y escucha. La situación es ésta: ahí fuera me están esperando siete alguaciles de la Ciudad con la orden de entrar en este agujero infecto si no he salido de aquí en diez minutos. Puedes elegir entre acompañarme como un buen muchacho o esperar a que entren los guardias repartiendo bastonazos a diestro y siniestro. No hay más opciones. Escapar ya no es una posibilidad. Ahora bien, para ayudarte a decidir, he de decir que en el momento en que el primero de mis hombres cruce el umbral de esa puerta, habrás de escuchar un disparo proveniente de la pistola que ahora mismo sostengo bajo la mesa, apuntándote directamente a los huevos.

Juan el Dientes miró nerviosamente hacia la entrada. Su acompañante había palidecido.

—Usted no se preocupe —dije con despreocupación—, la transacción aún no se ha realizado, por lo que no hay nada en su con-

tra —Apunté a la bolsita de cuero que descansaba en la mesa—. Aunque, a cambio de no obligarle a dormir en una fría celda, con la mala noche que hace, solicito la amabilidad de que se quede donde está y sin decir esta boca es mía. Asienta si está de acuerdo.

El cómplice asintió.

—En cuanto al amigo Juan, necesito una respuesta ahora mismo. ¿Me acompañas o sales de aquí con los pies por delante?

El Dientes echó la mano al fajín con discreción, como si se recostase en la silla, y sonrió abiertamente.

—Es un farol.

No se me escapó que en el fajín mugriento guardaba una navaja.

—¿Cómo?

—Estás solo. No hay nadie más contigo, ni dentro ni fuera de la taberna.

—Tienes frente a ti la puerta, ¿verdad? —El otro asintió riendo—. Pues, bien, ¿cuántos parroquianos han entrado en la taberna en los últimos minutos?

El Dientes dudó. No se me escapó que se esforzaba en intentar discernir si durante aquel tiempo había estado o no atento a la puerta. Decidí ponérselo más fácil:

—¿No lo recuerdas o no ha entrado ninguno? Es difícil, ¿eh? Da igual, escucha esto —Y tiré del percutor de la pistola de chispa que descansaba entre mis rodillas—. ¿Sigues creyendo que se trata de un farol?

No contestó.

—Amigo mío, eres tonto. Eres tonto de capirote. ¿A quién se le ocurre entrar en la casa del conde de Fuentepalacio y robar el medallón que doña María, la hija de los señores, tiene previsto regalar a su prometido en la pedida de mano?

—¡Yo no he robado nada!

—¡Chsss! —atajé con una calma amenazante— No mientas y cállate.

El Dientes palideció y calló. Con mi única mano libre, le arrebaté la bolsa de cuero y extraje un precioso collar de plata sobredorada formado por dos avellanas y dos medallas de la Virgen del Carmen. En el centro destacaba un medallón circular. Me permití un momento para comprobar que en la taberna nadie nos estaba prestando más atención de la debida, y después abrí la medalla. El retrato de una joven por un momento hizo que llegara a perder la respiración. Había oído hablar de la belleza de aquella muchacha recién llegada de Madrid, pero no podía imaginar que la realidad superase de tal modo a las exageradas palabrerías del vulgo.

—¡Vaya con la moza! Ya me gustaría encontrármela una noche de estas... —dijo el Dientes arrimando la cabeza al colgante y buscando mi complicidad.

Le miré un instante y, finalmente, le propiné un sonoro tortazo, un tortazo algo afeminado para el lugar en que nos encontrábamos y, por ello, mucho más ofensivo. El agredido, en un impulso, echó la mano a la faja, pero, tras un momento, pareció no querer empeorar la situación.

—¡He dicho que te calles! Para hablar de una mujer como ésta, primero te tienes que lavar esa sucia boca tuya. Y otra cosa: deja la maldita navaja en la mesa ahora mismo... Quiero librar-te de la tentación de usarla.

El Dientes sacó por fin el arma de su cintura y la dejó con un fuerte golpe sobre la mesa.

—¿Qué se puede esperar de un país en que todos sus habitantes portan navajas de más de un palmo? —dije fingiendo pesar mientras miraba al silencioso cómplice.

—Le he dicho a vuestra merced que yo no he robado nada —insistió el Dientes.

—Déjate de bobadas. Te ha delatado Petra *la Lechera* tras una sesión de dolorosas preguntas en la cárcel del Concejo.

Juan el Dientes enmudeció y aquello fue suficiente para comprender que no me había equivocado de hombre.

—Ya sabes lo perseverantes que son algunas gentes de la justicia, especialmente cuando el denunciante es un noble con tantos camaradas en la Chancillería. ¿Cómo di con vosotros? Fue sencillísimo, sólo tuve que hablar con unos y con otros, y las pistas me llevaron a esa lechera, vieja conocida mía, por cierto, de su época de meretriz en casa de una amiga común. No ha sido nada difícil, de verdad. Para ser un ratero de tanta experiencia, no lo has hecho muy bien esta vez.

—¡Esa Petra...!

—No culpes a nadie, amigo mío, hubiera dado contigo de todos modos. No eres precisamente discreto.

Apuré el vaso de vino de la tierra.

—Y ahora, vámonos —susurré mientras el clarete me rascaba la garganta.

Nos pusimos en pie ante la mirada temerosa del que iba a comprar el collar, que había preferido pasar aquellos momentos en un silencioso e invisible segundo plano. Camuflé la pistola de chispa entre la capa mientras me colocaba discretamente detrás del ladrón, y comenzamos a caminar.

—No quiero ninguna sorpresa —le susurré—. Si haces alguna tontería dispararé sin más. A sangre fría.

Algunos parroquianos nos miraron con recelo mientras sorteábamos la anárquica distribución de las mesas.

—¿Ya te vas, Dientes? —gritó uno de los bebedores de vino, visiblemente borracho.

—Sí —sólo llegó a responder al notar el cañón de la pistola en su espina dorsal—. Mañana nos vemos.

—Tómate un cuartillo conmigo —insistió el beodo mientras caminaba hacia nosotros.

—Mañana, mañana...

El borracho se interpuso en el camino hacia la salida y se me quedó mirando con extrañeza.

—¿Todo bien, Juanillo? —preguntó sin quitarme la turbia mirada de encima.

Apreté la pistola contra la espalda del que caminaba delante de mí.

—¡Mañana, pesado! —repuso el Dientes mientras fingía una sonrisa—. Ahora tengo otros asuntos con este amigo.

Le sobrepasamos y un incómodo escalofrío me recorrió la nuca. No me gustaba la situación.

De repente, una mano me aferró el hombro. Me giré muy despacio.

—No vuelvas a tocarme en lo que te quede de vida.

El borracho me miró fijamente, con unas ganas locas de partirme la cara.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, tarado. Lárgate —respondí con un golpe brusco de hombro.

El Dientes guardó silencio. Mi pistola aún apuntaba a sus riñones. El borracho, finalmente, escupió en el suelo, como indicándome que aquel incidente no iba a ser olvidado fácilmente, y regresó a su mesa con paso vacilante.

El portón se abrió permitiendo que una ráfaga de viento frío refrescara el ambiente, y salimos a la solitaria calle, iluminada únicamente por el farol bamboleante de la posada. La niebla era aún más densa.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó extrañado el Dientes—. ¿Dónde están los alguaciles?

—Amigo, tenías razón: era un farol.

—¡Hijo de...!

No llegó a concluir la frase; Pedro Regalado le golpeó con fuerza en la base del cráneo y el ratero se derrumbó aturdido.

—Venga, ayúdame a atarle las muñecas.

2

Faltaban unos minutos para las tres de la tarde y el corral de comedias estaba a rebosar. El teatro seguía siendo el pasatiempo preferido para muchos; después de los toros, naturalmente. Me asomé a la escena con discreción para contemplar con regocijo que había acudido, como siempre que se estrenaba una obra, lo más granado de la sociedad vallisoletana. Los hombres del populacho, distribuidos por lunetas, patio y graderío, gritaban y reían con un estruendo que me molestaba; en los alojeros, junto a las gradas, y en la cazuela, en las auténticas cumbres del corral, las mujeres no eran menos escandalosas, y muchas de ellas poco observaban la compostura que el corregidor ansiaba que se guardase en público. De hacer cumplir la separación por sexos, tan inquebrantable que cada género poseía una puerta de acceso al edificio, se ocupaban los alguaciles del ayuntamiento, dispuestos en corredores y pasadizos, prestos a repartir candela o echar a la calle a quien pretendiese hacer del teatro su solar de encuentros galanes. Además, aquellos ministros de la justicia, en lo que duraba la comedia, se aseguraban de que los coches de los señores, salvo el del presidente de la Chancillería y el del corregidor, no estacionaran en la plaza de la Comedia, sino en la cercana de San Lorenzo; que los criados no armasen escándalo mientras esperaban a sus amos; que no hubiera gentes sospechosas en las cercanías del corral, y mucho menos cerca del acceso de mujeres; que todos, sin excepción, estuviesen descubiertos en el interior